

EXCLUSIVO



27 de octubre de 1984. Martín Adán sopla la vela de su torta en el día de su cumpleaños. A su lado, Delia Sánchez, a quien le concedió entrevistas.

Sólo con la mediación de Juan Mejía Baca, logré entrevistar a Martín Adán en la última semana de marzo del año pasado.

Fue una entrevista dura, difícil, de la que conservo algunas fotos, un cassette, y un penetrante olor a orines. Esa vez, en el hospital Loayza, el poeta se defendió con todo.

¿Qué defendía?

Entre otras cosas, su soledad. Me dijo que

Su Soledad, no le importaba mucho, que con ella vivía desde hace muchos años. Casi

la desprecio

Sin embargo, luego de su muerte, llega a mis manos el

testimonio

periodístico de Delia Sánchez, quien visitó

y conversó con el

poeta durante

muchos días en el

Albergue Canevaro

del Rímac. Las

entrevistas se

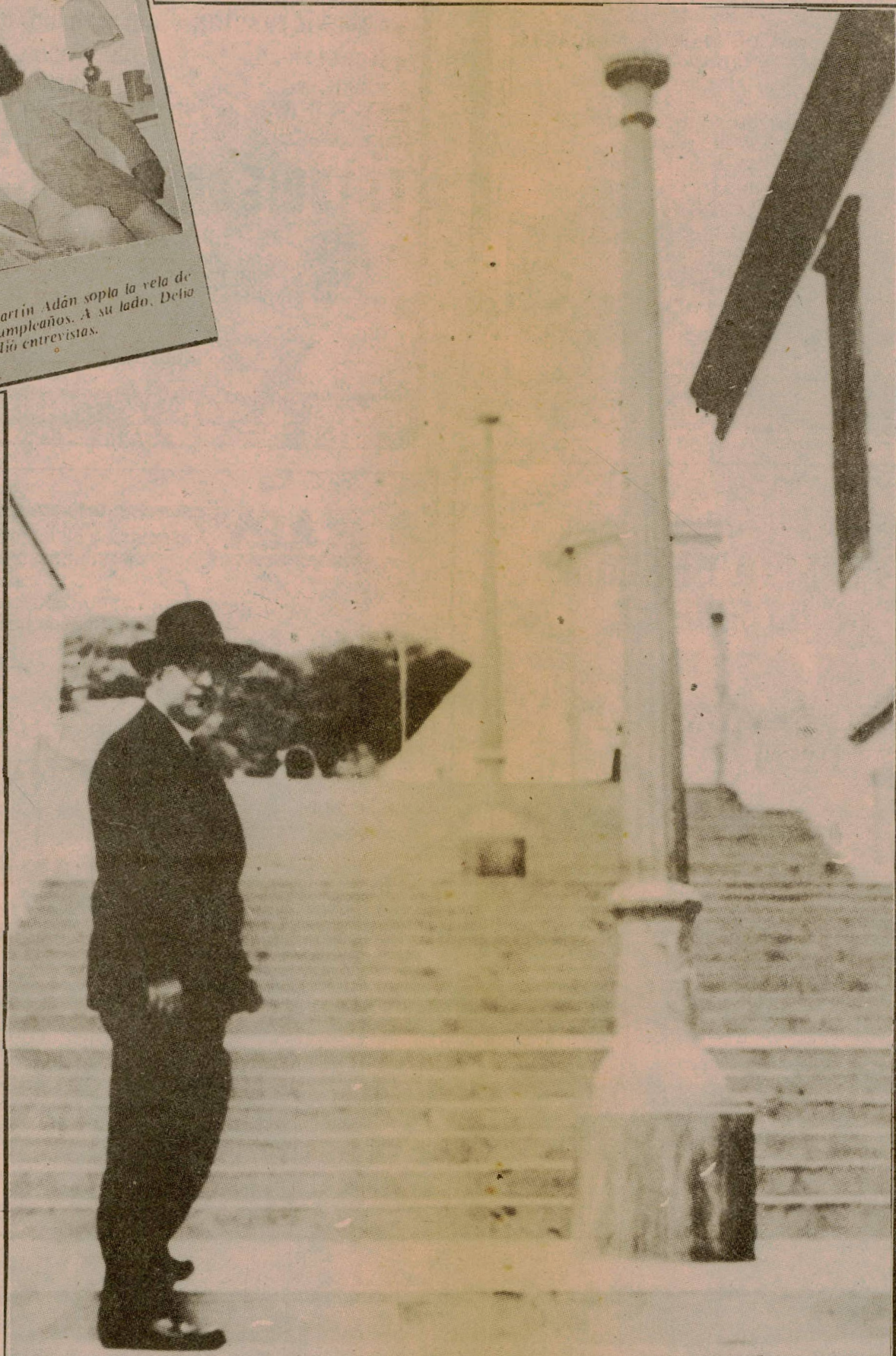
cumplieron sólo con

el requisito de que

nada se publicaba

hasta después de la

muerte de Martín. De las cosas que le dice



Estas fueron las penas y las furias del poeta en su última entrevista

a la joven periodista, definitivamente lo que más me duele es su dolor por la soledad. Su

desesperación por ella. Es decir, cuatro meses después de nuestra entrevista.

Martín empezaba a ser vencido por esa soledad que él mismo escogió. Esto,

sencillamente me ha destrozado. En vísperas de ser operado, Martín me

dijo en Marzo que la soledad no le preocupaba. Cuatro

meses después, le dice a Delia Sánchez, que la soledad es el castigo

más grande y triste para el ser humano, y que no es vida la

suya. Poco después, se muere. En fin, mucho se ha escrito

sobre el porqué Martín Adán decidió autorrecluirse. Mucho se seguirá hablando.

Aquí sólo quiero dejar constancia de mi dolor, porque un poeta, un cantor

inmenso como Martín, acaba de caer vencido por ese castigo grande y triste que es la soledad. Esa señora.

(Mario Campos).

MARTÍN ADÁN:

**La soledad,
esa agonía**

UNMSM-CEDOC



Delia Sánchez, una joven periodista trujillana conversó con Martín Adán en el Albergue Canevaro del Rímac poco antes de su muerte.



Delia Sánchez, en su juventud, no imaginó nunca, cómo iba a imaginar, más soledad que la que encontró en Martín Adán, la mañana del 18 de agosto de 1984, cuando lo sorprendió leyendo un periódico con una potente lupa, en su cama del Albergue Canevaro, del Rímac.

Ahora que el poeta ha muerto, Delia Sánchez que es periodista, pero ama profundamente a la poesía, no puede dejar de estremecerse cuando recuerda las palabras de dolor del poeta por la soledad.

Le duele, se le sacude el alma cuando recuerda a Martín diciendo: "¡El castigo más grande y triste para el ser humano, es la soledad!... ¡Sobre todo cuando se es viejo como yo!... Vea, hijita, cátese cuanto antes y tenga hijos, muchos hijos. No pague la misma penitencia que estoy pagando yo. ¡Esto ya no es vida!"

Sólo en los últimos meses de su vida, ahora se puede decir, la soledad que había sido su opción por tantos años, el destino que él eligió, la soledad, pues, logró vencerlo. Antes que la muerte, lo mató la soledad. Y sin embargo, Martín Adán, apenas cuatro meses antes, cuando conversó con Mario Camps, en el hospital Loayza, no le dio la justa importancia a su condición de hombre en soledad:

—¿Qué es la soledad para usted, Martín?

MARTIN ADAN.- Es mi medio habitual, mi medio habitual.

—Logró vencerla...

MARTIN ADAN.- Vivo en ella desde hace muchos años.

—¿Y no se cansó de ella?

MARTIN ADAN.- No, no, no. Ya a los 75 años, no estoy para pensar en cambios profundos.

—¿No le llama la atención nada?

MARTIN ADAN.- No, no, no. Estoy jubilado en todo sentido.

Delia Sánchez Pisco, la joven periodista trujillana, con su asombro para todo, logró asombrar al poeta, y hacerlo reír y hasta apagar velitas de una torta, encendidas para su cumpleaños. Ella fue, definitivamente, la última periodista con quien conversó Martín Adán, y a ella le corresponde el mérito, doloroso, sin embargo, de demostrarnos que la soledad hunde sus garras de silencio y nada, hasta en poetas de las alturas de Martín. Y que el intentar vencerla, casi siempre es un riesgo mas o menos mortal.

Tenía un pijama celeste con rayas plomas, Martín, cuando conversó con Delia. Había ingresado a su cuarto, el ahora desierto 103 de Canevaro, presentada como estudiante de Literatura que venía expresamente de Trujillo para conocerlo. Y Delia cuenta ahora que Martín



¡El castigo más grande y triste para el ser humano, es la soledad!...

¡Esto no es vida!

se puso pálido cuando ella le dijo que ¡también! era periodista:

"Señorita, yo no deseo publicidad de ningún tipo. Le ruego que no se ocupe de mí". Delia tuvo que persuadirlo, con ese talento de las mujeres para serenar a los hombres en trance de desesperación. Finalmente, él la recibiría tantas veces como ella quisiera, con el compromiso de que no se publicara nada, mientras él viviera. Todo se cumplió.

Lo que publicamos en estas páginas, es un resumen de los diversos días en que Delia Sánchez conversó con el poeta en Canevaro, en base a un material escrito y fotográfico que ella nos encomendó en exclusividad.

Esa primera vez hablaron veinte minutos. De afuera llegaban voces, risas, los sonidos del aniversario de Canevaro. Delia le preguntó por qué no salía a reunirse con los demás albergados que estaban reunidos, y Martín dijo que no, que su época de jaramero había pasado, y que ahora no le gustaba el bullicio. "Prefiero la tra-



Feliz, nadie diría. Martín Adán posa con su torta, el 27 de octubre pasado, día de su cumpleaños. El último se la pidió "esta cara" en "raja" en su cuarto.

quilidad de mi habitación y leer."

—¿Desde cuándo está aquí?

MARTIN ADAN.- Desde fines de marzo. Antes estuve recluso voluntariamente en el "Larco Herrera" por espacio de diecisiete años.

—¿Y por qué estuvo ahí?

MARTIN ADAN.- Fui en busca de la cordura que me hacía falta. Además, yo siempre he sostenido que los cuerdos están en el manicomio, y los locos en la calle. Le puedo asegurar que me sentía muy a gusto con ellos.

—¿Por qué no siguió en el Larco Herrera?

MARTIN ADAN.- Bueno, después que me operaron en el hospital Loayza, por un problema en el sistema urinario, el presidente de la Beneficencia intercedió para que yo viniera a alojarme aquí sin pagar.

—¿Y usted se siente a gusto, aquí en el albergue?

MARTIN ADAN.- Sí, mucho. La gente que trabaja aquí, es muy amable. Además, siempre tengo la

“

**El 27 de octubre, día
de su cumpleaños,
Martín Adán rió, apagó
una vela y comió torta**

”

compañía del doctor que viene a ponerme al tanto de lo que ocurre afuera. Después me visita semanalmente mi sobrino, y también mi único y mejor amigo, Juan Mejía Baca. Pero, sobre todo, dispongo de la tranquilidad que necesito. ¡Mire!

Dijo "mire" y señaló la ventana que da a un patio interior, donde sólo hay un árbol solitario y sin hojas, sobre un piso cubierto de piedrecillas y cascajos. Como fondo el muro que rodea el albergue, por donde asoman las cabezas de una iglesia cercana. Delia no pudo evitar preguntarle:

—¿Cómo puede sentirse a gusto con este panorama tan sombrío?

MARTIN ADAN.- ¡Así es mi alma!... Antes tuve otro cuarto que daba a un patio por donde pasaban o se detenían a conversar algunos internos. Yo mismo solicité que me cambiaran, porque me molestaron las miradas curiosas.

Días después, Martín prorrumpió, en ese reproche por la soledad que reseñáramos líneas arriba. Delia no lograba entender cómo un hombre que siempre había buscado la soledad, luego renegara tan violenta y dolorosamente de ella. Quería saber qué

hecho triste le había quebrado la vida.

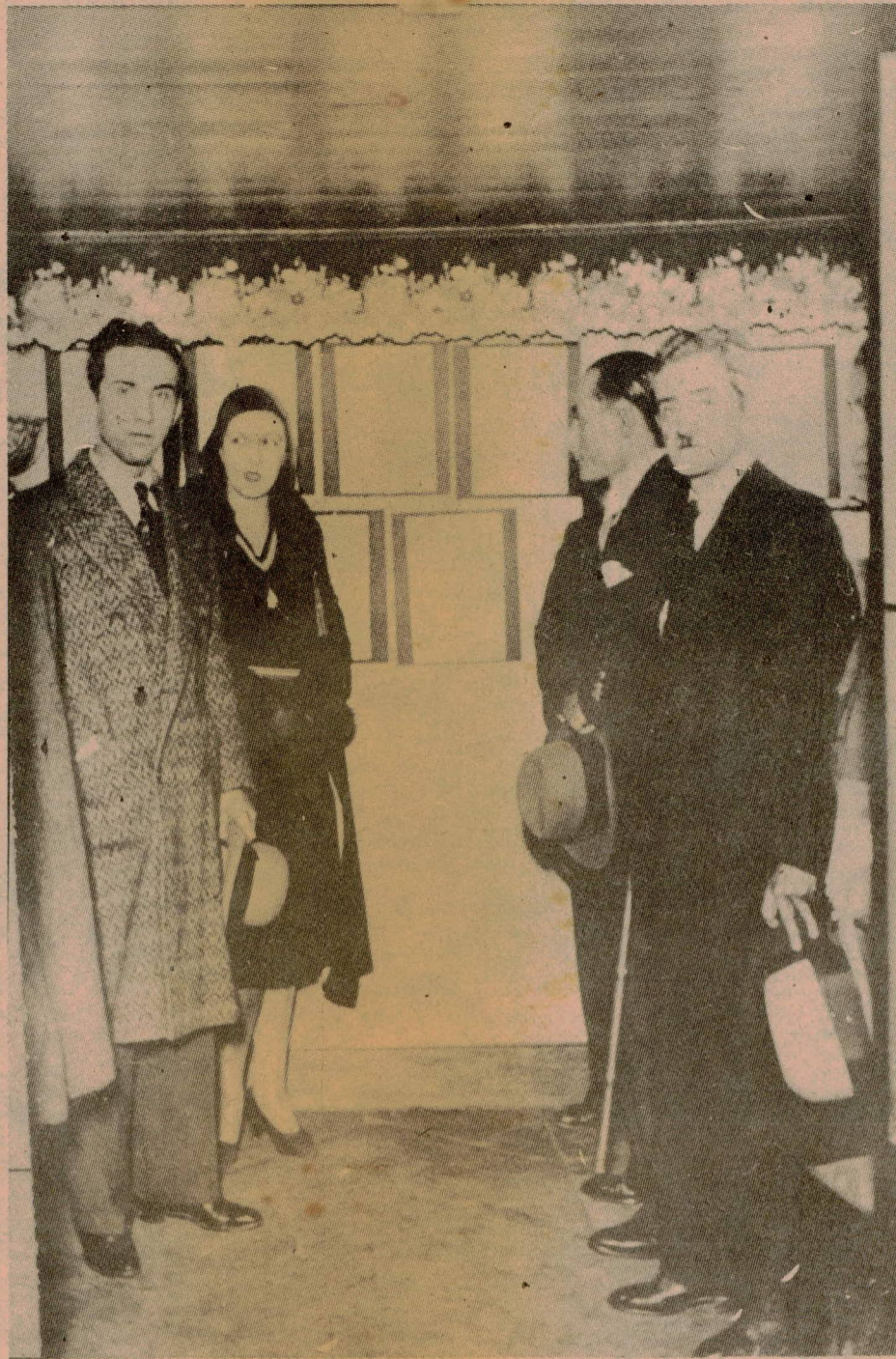
—¿Cuál es el episodio más triste de su vida?

MARTIN ADAN.- La muerte de mi único hermano. Era menor que yo, y tenía una inteligencia prodigiosa. Sólo me acompañó nueve años y lo necesitó toda mi vida.

Delia recuerda también que, transcurridos los días, Martín solía monologar sobre su vida familiar. "Desciendo de una conocida familia trujillana y arequipeña. Mi infancia estuvo colmada de bienes materiales. El hogar donde me desenvolví, era carente de calor y vigor. Las dos tías que me criaron, eran solteronas y beatas. Todo el tiempo se la pasaban en la iglesia, o haciendo labor social. A los dieciséis años escribí "La Casa de Cartón", y mi vida dio un vuelco completo".

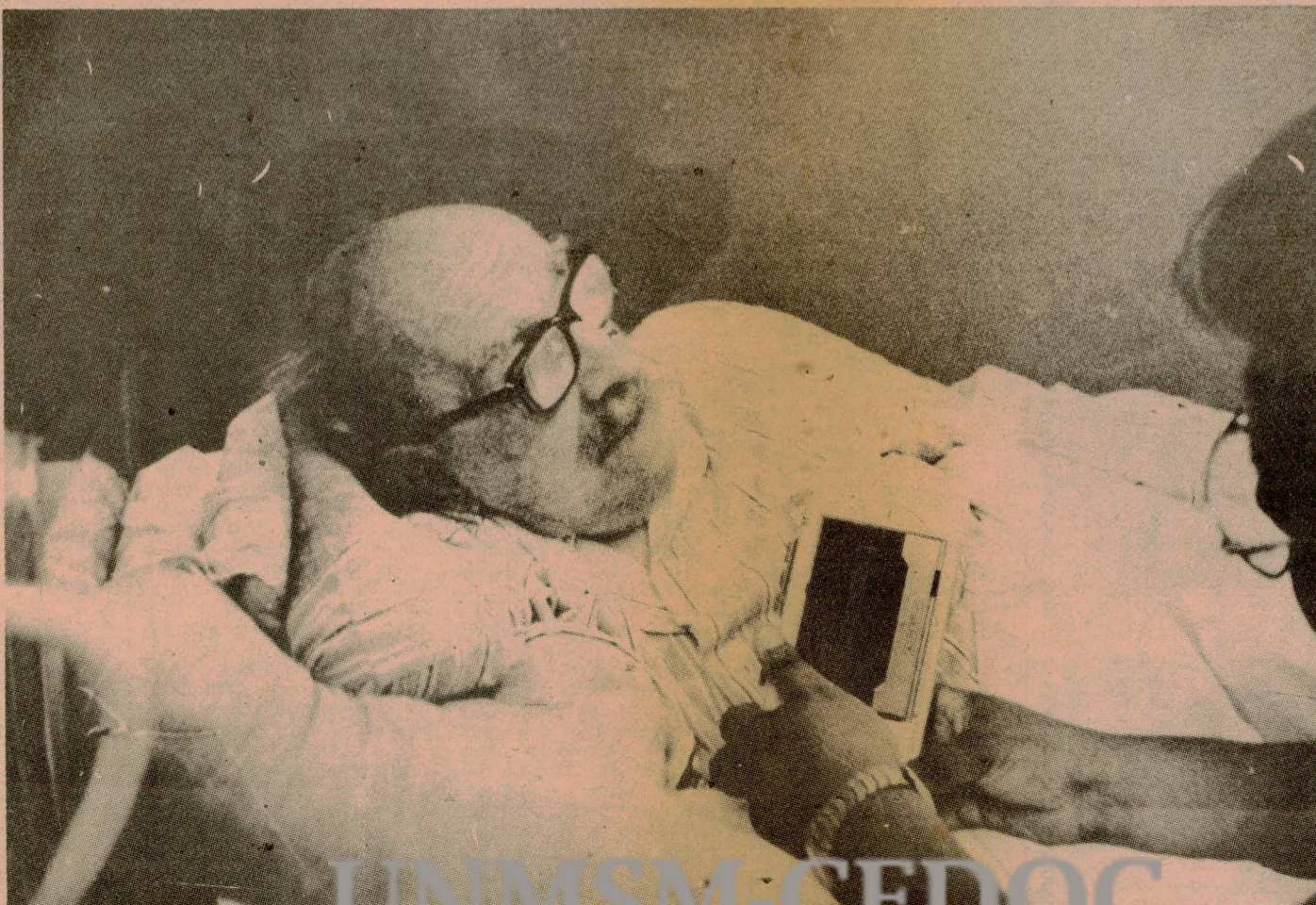
—¿Por qué dio un vuelco completo?

MARTIN ADAN.- Todos parecieron olvidar que era un adolescente, como cualquier otro, y comenzaron a tratarme como un fuera de serie. Luego, concentrado en los estudios, no me di tiempo para otras cosas, hasta que abandoné la universidad, y me dediqué a vagabundear en el mundo de la farándula,



Martín Adán con José María Eguren, en extraordinaria foto testimonial que permanece inédita.

Última semana de marzo de 1984. Martín Adán, después de veinte años, conversa con un periodista. Fue con Mario Campos, de LA REPUBLICA.



la, e ir de cantina en cantina.

—¿Por qué no se casó, Martín?

MARTIN ADAN.- Me hubiera gustado tener una esposa e hijos, pero fui de mujer en mujer, sin cultivar ningún sentimiento profundo. Nunca mantuve, además, una relación duradera.

—¿Cómo eran las mujeres que trataba?

MARTIN ADAN.- En su mayoría eran muy insulsas y llenas de amor por la diversión y el dinero.

—Si algún poder le permitiera empezar de nuevo, ¿cambiaría su forma de vida?

MARTIN ADAN.- Creo que el hombre nace predestinado. Yo nací para bohemio, y seguramente que volvería a serlo.

—¿Y su producción literaria, Martín?

MARTIN ADAN.- Hace más o menos, cuatro o cinco años que no escribo absolutamente nada. Los poemas que publica el diario "LA REPUBLICA", lo toman de una colección literaria inédita de Juan Mejía Baca. Si no hubiera sido por mi invaluable amigo, seguramente que muchos de mis escritos se hubieran perdido irremediablemente, porque siempre fui muy indisciplinado, y escribía en cualquier papel, que luego, Juan recogía y guardaba.

Delia estaba inquieta por preguntarle el sentido y mensajes de sus poemas. Se lo dijo y Martín respondió que muchas personas se habían formulado preguntas así, y que siempre respondía que ni él mismo sabía. "¿Qué querré decir con Arquitectura, por ejemplo, dijo con ironía, para luego agregar más pausadamente: "Cuando escribía, siempre estuve en una nebulosa que me apartaba de lo conocido. Todo adquiría otra dimensión, y me transportaba al mundo mágico e insólito de lo inexplicable".

Hablando de poesía y de sus libros, cierta vez empezó a hablar de Luis Alberto Sánchez, de quien dijo que, a pesar de que en el pasado habían tenido grandes discrepancias, no podía olvidar lo bien que criticó sus obras. "Sánchez siempre me vio como un aristócrata y bohemio. Además me mezclaba en la efervescencia política, sin yo desearlo".

—A propósito de política, ¿en qué concepto tiene usted al Presidente Belaúnde?

MARTIN ADAN.- Personalmente, no he conocido a Fernando, pero estudié con uno de sus hermanos, así que siempre oí hablar de él. Creo que es un hombre honesto con muy buenos propósitos.

—¿Lo que me llama la atención es que lo hayan dejado volver a gobernar el país, sin darle otro golpe de Estado!

—Y de los que recuerda ¿cuál cree que ha sido el mejor Presidente del Perú?

MARTIN ADAN.- De todos los presidentes que gobernaron desde que tengo uso de razón, creo que el mejor fue Bustamante y Rivero, de quien fui secretario. En ese entonces, al pueblo no le faltaba qué comer. Lima se puso hermosa y elegante.

—¿Y Alan García? ¿Qué concepto tiene de él?



MARTIN ADAN. El único diario que lee todos los días, es LA REPUBLICA, pero ahí no se expanden mucho sobre el joven García. Sin embargo, de acuerdo con las charlas que sostengo con las personas que me visitan, él es quien tiene mayores posibilidades de salir victorioso. Si sale elegido, ojalá que su vigor juvenil le ayude a impulsar la nación. Pero mejor hablemos de otras cosas, porque ya sabe que no me gusta mucho hablar de política.

Con frecuencia, dice Delia, Martín se sumergía en los recuerdos del pasado. Muchas veces le preguntaba si había cambiado Trujillo. "¿Ha cambiado mucho Trujillo? Hace más de quince años que no voy, pero la última vez que fui, me hizo recordar mucho a mi Lima de antes. ¡Qué amables sus gentes, y sobre todo, qué limpia! En Trujillo se han quedado algunos recuerdos de mis antepasados a quienes siempre me gustaba visitarlos cuando iba. Lo que más me gustaría sería regresar a Trujillo, pero es imposible, ya que estoy casi ciego, y apenas puedo movilizarme".

Delia recuerda que una tarde, luego de dos semanas de su primera visita, se encontró con el mensaje de que Martín la esperaba. Todo estaba como la primera vez: limpio y ordenado. Sobre la cama, el poeta leía con su pijama de siempre, y ayudado por la misma lupa. Todo estaba igual, menos Martín, que esta vez no la reconoció.

—¿Cómo está, cómo se siente?

MARTIN ADAN. Muy bien, señorita.

—¿Todo está bien?

MARTIN ADAN. Sí, sí, muchas gracias. ¿Pero quién es usted? ¿Usted trabaja aquí?

—No, soy la periodista que lo visitó hace algunos días.

MARTIN ADAN. ¿Sí?, acerquese, acerquese, por favor. ¿Sabe? Estoy un poco delicado de salud. Hace dos días, al tratar de abrir la ventana, me caí y me fracturé la pierna. Estaré enyesado durante un mes. Mientras tanto, no podré moverme de la cama, y tendré que depender

totalmente de los demás para hacer mis necesidades. No se imagina lo incómodo que me siento.

No sólo estaba incómodo, Martín era presa de un gran abatimiento y de una gran depresión. No supe qué decir cuando lo escuché:

MARTIN ADAN. Hace algún tiempo, yo no le temía a la muerte. Al contrario, la esperaba en cada uno de mis actos. Sin embargo, ahora que la siento cerca...

—No diga eso. Fíjese, su cumpleaños está cerca ¿qué quisiera de regalo?

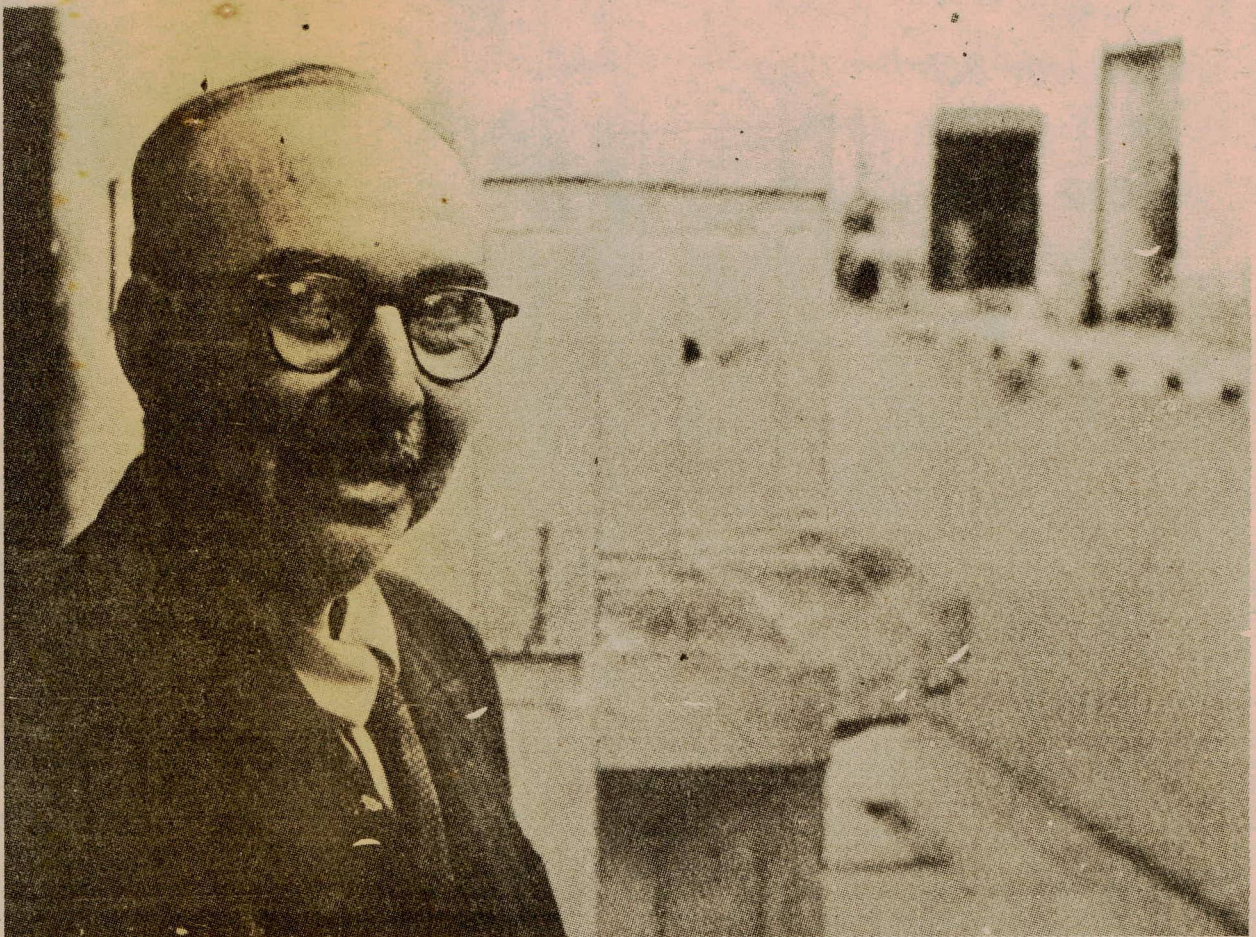
MARTIN ADAN. ¿Qué quiero de regalo?... ¡Llevar con vida!

El 27 de octubre, era el cumpleaños de Martín. El se había negado obstinadamente a que lo celebren de cualquier forma. Delia, mujer al fin, periodista al fin, logró persuadirlo nuevamente, sólo que esta vez, la persuasión venció con el añadido de una cámara fotográfica permitida durante las celebraciones. Ese día, el viejo poeta, autorrecluido por propia voluntad, hermético y celosísimo defensor de su aislamiento, pareció rendirse ante la llegada de Delia y dos señoras, con una torta y, muchas felicidades, Martín, feliz cumpleaños, poeta.

Delia no puede olvidar que esa mañana Martín reía casi como un niño, festejando todo, con la cara que le reventaba de encendida.

No puede olvidar tampoco su mirada de asombro cuando le cantaron el feliz cumpleaños, y él veía la única vela, regocijadísimo, con los ojos saltándole detrás de las gruesas lunas. Luego de soplar, y después de los aplausos, Martín dijo, sinceramente alborozado: "Es el mejor cumpleaños que he tenido en toda mi vida. Muchísimas gracias a todas. Sorústedes muy buenas".

Nada de esto puede olvidar, la joven periodista. Ella ha estado muy apenada estos días. Sus conversaciones con Martín son, lo ha dicho, el tesoro más grande de su también joven profesión. Esta juventud, tal vez, no le permita comprender que con el sencillo expediente de una torta, una vela y su compañía, le dio las últimas alegrías, las definitivas al desaparecido poeta.



Al despedir a Martín Adán ojalá pudiéramos despedir también varios quebrantos prevalecientes con respecto al intelectual en el Perú: la indiferencia por la vida cultural que aún domina en niveles sociales ilustrados...

No vivió la vida ¡LA PADECIÓ!

— Por Estuardo Núñez —

La noticia de la muerte de Martín Adán interrumpe precisamente la lectura que hacíamos de su última ficha bibliográfica: la traducción francesa de La Casa de Cartón (La maison de carton, París, Luneau Ascot Editeurs, 1984), realizada con cuidadosa maestría en estos menesteres por Claude Couffon, consagrado traductor de grandes figuras de la literatura hispanoamericana. Por el prestigio de quien la realiza, su versión es ya una consagración literaria del autor traducido, quien traspone las fronteras nacionales y queda colocado en el sitio de las grandes figuras literarias del continente. Con este reconocimiento, volvemos la mirada a la obra del desaparecido gran poeta del Perú.

Con precocidad inusitada, desde sus años de adolescencia, pudo revelarse el genial narrador y poeta. Sin la arrogancia propia de la edad temprana, encubierto en el seudónimo con que adquirió notoriedad desde las páginas de Amauta, la revista de José Carlos Mariátegui, empezó su rutilante travesía por la encrespada senda a veces esquivada e inarratable de la actividad literaria. Se desliza por la

naturalidad, sin petulancia ni avilantez pero con seguro paso por los secretos dominios del idioma aprendido a la luz de lecturas de clásicos y modernos, premunido de un don intuitivo para captar las esencias. Supo antes que muchos otros autores conocidos, que la literatura es vida interior, vivencia legítima y señorío de la lengua escrita y hablada, sin cuya confluencia la creación no pervive. Y supo también que el incorporar las esencias del vivir en los moldes literarios es tarea impropia que se forja en las complejidades de una lucha agónica, bajo la tortura de la angustia existencial. Fue duro su quehacer e incomprendido su ambular angustioso en medio de la pobreza, la soledad y el abandono material.

De Martín Adán ha partido las vertientes por las que han discurrido los torrentes de la creación literaria peruana de los últimos decenios. De la apertura que supone la prosa inusitada de La Casa de Cartón surge la prosa sugerente y fresca de los narradores de las nuevas generaciones, quebrando los moldes tradicionales, con la fuerza sugerencial del miz y jueg señá r. De los poetas de I a

vesía de extrameres y de La mano desasida se extrae el ejemplo perdurable de una poesía con profunda carga de imágenes lastradas en la subconsciencia y el resquicio infinito de la palabra.

Martín Adán ha ingresado en la región transparente de la serenidad y del reposo, ha ingresado como él decía en la "eterna Eternidad". Ha terminado su lucha angustiosa por ahondar en el misterio de la Vida y de la Poesía. Su "grito" poético ha traspuesto los límites de su patria.

No vivió la vida como solemos entenderla generalmente, la "padeció" como alguna vez lo dijo y es de admirar con qué heroica y desesperada entereza soportó la soledad, la miseria y la incompreensión. Llegada la hora decisiva no habrá sorpresa en hallar a la Muerte, tantas veces mencionada y presentida en sus poemas de Diario de poeta:

Alguno morirá ya sin
/duda ni miedo,
Pero yo voy, amor,
/porque ya no puedo,
Yo soy el que se está
pasando en la otra
/esquina.
Yo soy el que se muere,
Dios hará otro día...

un motivo de ser, de
/terror o alegría...
Y Dios hará otra vez otra
/cosa, cosa divina.

Al despedir a Martín Adán ojalá pudiéramos despedir también varios quebrantos prevalecientes con respecto al intelectual en el Perú: la indiferencia por la vida cultural que aún domina en niveles sociales apreciados de ilustrados, la ninguna consideración y respeto por la obra de creación, la frivolidad que hace confundir expresiones de una pseudo-cultura con la auténtica expresión de arte, la falta de jerarquía en la apreciación cultural que confunde el ligero dietanismo con el serio y contraído esfuerzo creador y en fin, entre otros males, la inercia y el conformismo que entran nuestro desarrollo cultural.

En esta hora crucial del tránsito, Martín Adán podría repetir aquel verso de otro poeta atormentado como él, Heinrich von Kleist, en el idioma alemán que tan bien dominaba aquél:

Nun, o Unsterblichkeit,
bist du ganz mein!
¡Ahora, oh inmortalidad,
eres del todo mía!



Estas tres mujeres hicieron reír a Martín Adán el día de su cumpleaños. Rió como un niño y comió torta.